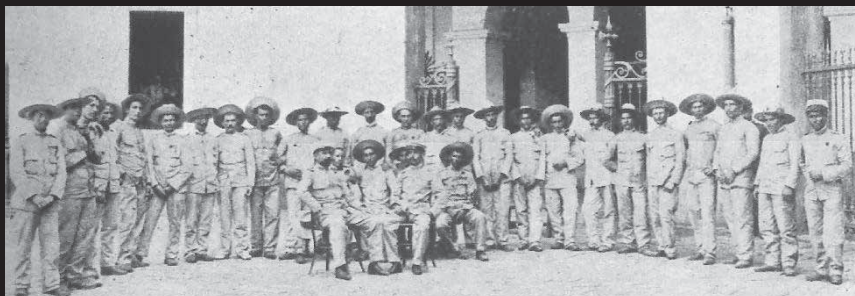


**Jesús García Quijano en el sitio de Baler:
los últimos de Filipinas**



JESÚS VALBUENA GARCÍA

Jesús García Quijano en el sitio de Baler: los últimos de Filipinas



JESÚS VALBUENA GARCÍA

Nacido en Valladolid en 1971, es biznieto de Jesús García Quijano, uno de los últimos de Filipinas. Inició su trayectoria profesional como traductor y profesor en el Instituto Cervantes de Manila (Filipinas), para después trabajar como redactor en la sección de internacional de la Cadena Ser y Canal +. En la actualidad, es jefe de Comunicación y Responsabilidad Corporativa del Grupo Ferrovial, además de miembro de la Junta del Instituto de Análisis de Intangibles y vocal de la Junta de la Asociación de Usuarios de Internet. Ha sido nombrado hijo adoptivo de la ciudad de Baler y ha recibido la Cruz al Mérito Militar con distintivo blanco por la comunicación y promoción de las relaciones bilaterales entre España y Filipinas. Asimismo, es director y guionista del documental *Los últimos de Filipinas: regreso a Baler* (2009) y guionista del reportaje *Los hijos de Baler*, emitido por el programa Línea 900 de La 2 de TVE.

EN LA PÁGINA ANTERIOR:
Fotografía de los 33 supervivientes del sitio de Baler,
realizada en julio de 1899 en el Palacio de Santa
Potenciana, en Manila.

Jesús García Quijano en el sitio de Baler: los últimos de Filipinas

El choque de civilizaciones prendió a primeros del siglo XVI en la isla cebuana de Mactán, cuando el jefe local Lapu-Lapu macheteó la vida del explorador Magallanes durante el primer viaje alrededor del mundo, culminado finalmente por Juan Sebastián Elcano. Amanecía entonces para el imperio español donde, gracias a las islas Filipinas, nunca se ponía el sol. Visto el globo terráqueo desde la vieja España, de la isla de Mactán a la de Luzón distan apenas unas leguas. Tres siglos y medio después, en 1898, la Historia quiso volver a mezclar el brillo azul de las aguas del Pacífico también en las Filipinas, que deben su nombre al rey Felipe II, para apagar definitivamente los rescoldos del gran incendio hispano. Y ceder así el testigo al nuevo imperio heredero, los Estados Unidos de América, en las paradisíacas playas de Baler, a unos 240 kilómetros al noreste de Manila, tras el épico asedio a su legendaria iglesia, separada del mar por apenas un kilómetro de intenso y misterioso verde tropical.

Los primeros de Filipinas

Fue el marino portugués Fernando de Magallanes quien, al mando de una expedición española, llegó al archipiélago de Filipinas en 1521. Poco después resultaría muerto en la isla de Mactán a manos de un grupo de aborígenes liderados por un jefe llamado Lapu-Lapu. El mando de la expedición fue encomendado entonces a Juan Sebastián Elcano, quien consiguió retornar con sus hombres al puerto de Sanlúcar de Barrameda y logró finalizar la primera vuelta al mundo.

Diversas potencias coloniales como Inglaterra, Holanda y Portugal lucharon por el control de las islas Filipinas, aunque fue finalmente España, bajo reinado de Felipe II, quien consiguió el dominio del archipiélago. La colonización comenzó a ser efectiva a partir de 1565,

cuando Miguel López de Legazpi creó en Cebú el primer asentamiento de los españoles. El mismo Legazpi fue quien poco tiempo después, en 1571, fundó la ciudad de Manila, capital de Filipinas.

La independencia

El dominio de Filipinas estuvo salpicado de revueltas anticoloniales, pero no será hasta finales del siglo XIX cuando aparezcan firmes movimientos nacionalistas. Encabezada por una minoría burguesa y secundada por las clases populares, la revuelta anticolonial estalla en 1896, año en que se producen importantes disturbios en ciudades como Manila.

La situación para los españoles se complica aún más con la intervención en el conflicto de los Estados Unidos, que aspiran a controlar el archipiélago y quieren arrebatar esta colonia a España junto con las de Cuba, Puerto Rico y otras islas del Pacífico. En 1898 los norteamericanos declaran la guerra a España y el 12 de junio de ese mismo año los nacionalistas filipinos, liderados por el general Emilio Aguinaldo, proclaman la independencia de la colonia. Esta declaración se produce después de la derrota española frente a los estadounidenses en la batalla de la Bahía de Manila. La obsoleta marina española poco pudo hacer frente la moderna maquinaria bélica de los norteamericanos.

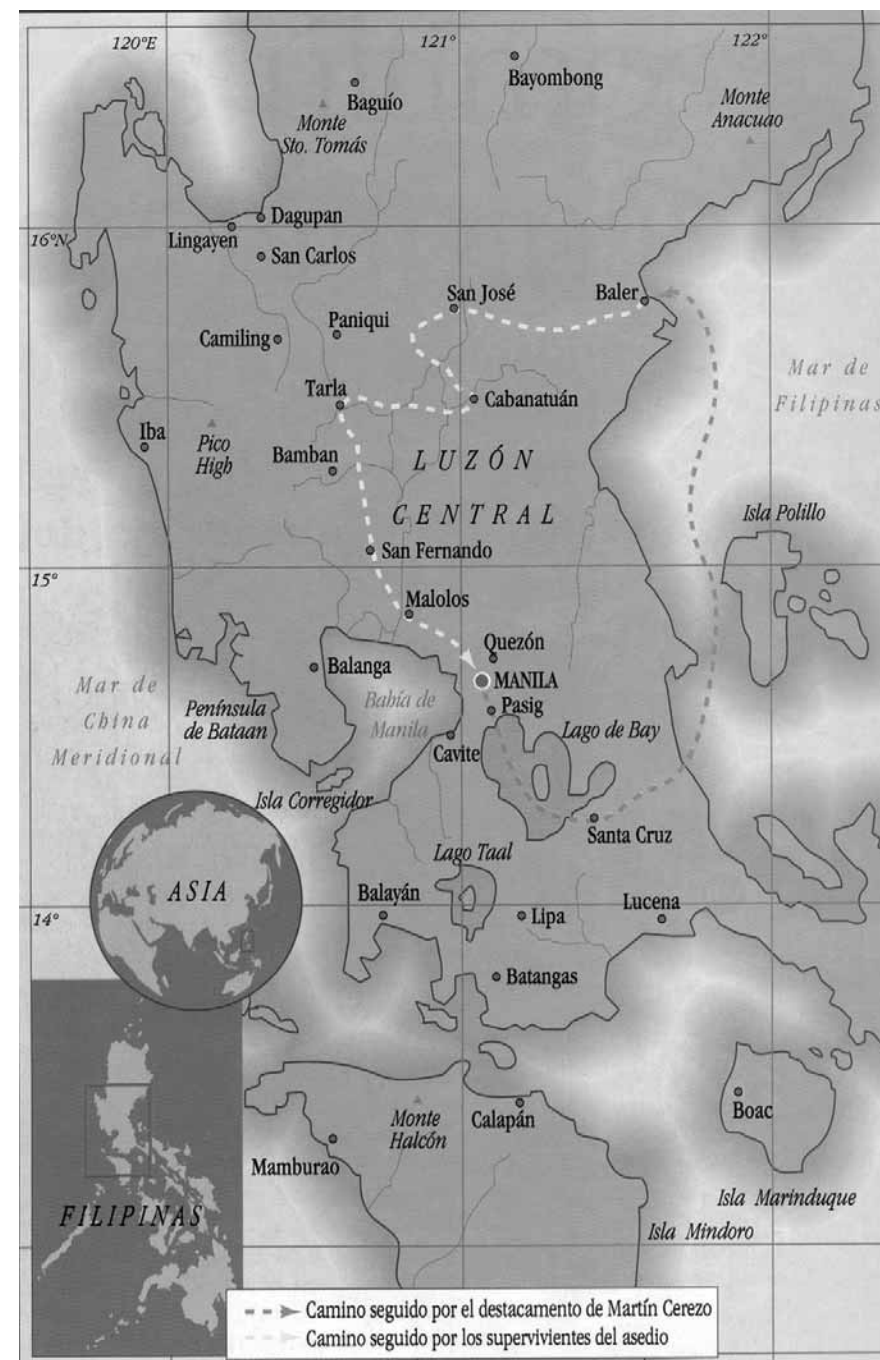
La proclamación de independencia de los filipinos, sin embargo, no fue aceptada ni por España ni por Estados Unidos. Ambas potencias establecieron negociaciones marginando a los nacionalistas filipinos y firmaron el Tratado de París, el 10 de diciembre de 1898, en el que se ponía fin a la guerra entre las dos potencias y se consumaba la nueva dominación norteamericana de la colonia.

Tras ser traicionada la promesa de independencia que los filipinos habían recibido de los estadounidenses, dio comienzo la guerra entre unos y otros, que tendría lugar entre 1899 y 1911 y que finalizaría con la muerte de un millón de filipinos. Finalmente, los Estados Unidos reconocieron la independencia de Filipinas el 4 de julio de 1946.

Primeras luchas en Baler

Capital del Distrito Príncipe, Baler es una población rodeada de montañas. A finales del siglo XIX la localidad contaba apenas con una iglesia, la casa del gobernador, barracones para las tropas y un puñado de viviendas de los nativos. La guarnición española estaba formada por un cabo y cuatro guardias civiles. En septiembre de 1897, ante el temor de un posible ataque de los independentistas filipinos, los efectivos se refuerzan con un destacamento de 50 hombres que dirige el teniente José Mota.

El 5 de octubre de ese mismo año la guarnición es atacada por los rebeldes, que sorprenden a la tropa mientras dormía y desmantelan las fuerzas españolas provocando numerosos



Mapa en el que se recoge la situación geográfica de Baler y el itinerario del destacamento del teniente Martín Cerezo antes y después del sitio.

muertos, heridos y prisioneros. El día 17, tras conocerse el ataque de los insurrectos, llegan cien hombres comandados por el capitán Jesús Roldán Maizonada. Poco después de su llegada, los españoles son atacados de nuevo y se ven obligados a refugiarse en la iglesia, en la que permanecen sitiados durante tres meses. Finalmente, el 23 de enero de 1898 llegan 400 hombres de refuerzo y se tiene conocimiento en la zona de la firma del pacto de Biac-nabac-tó, un acuerdo que momentáneamente pondría fin a las hostilidades. Ante la aparente pacificación del territorio, que después se demostraría efímera, son relevados los hombres que permanecían en Baler y se destina al lugar una nueva fuerza de medio centenar de hombres bajo mando de los tenientes Juan Alonso Zayas y Saturnino Martín Cerezo. Este grupo, que partió de Manila el 7 de febrero, llegó a su destino cinco días más tarde, el 12 de febrero.

El último batallón del imperio español

Al llegar a Baler, la pequeña aldea costera fundada por los franciscanos en la costa oriental de Luzón, eran 55 hombres inseguros y mal armados. Se encontraban rodeados de selva, mar, montaña y una población pro-katipunera (independentista) de unas 1.900 almas, al otro lado de la impenetrable Sierra Madre.

Aquellos hombres, cincuenta soldados, tres oficiales, el médico y el sanitario, masculaban para sí el recuerdo trágico de apenas unos meses atrás, cuando el destacamento del teniente Mota sufrió el asalto a bolo (machete) que acabó violentamente con el propio teniente y nueve soldados más. Doce de los que posteriormente serían ‘héroes de Baler’ también estuvieron ahí. Ya conocían Baler en primera persona.

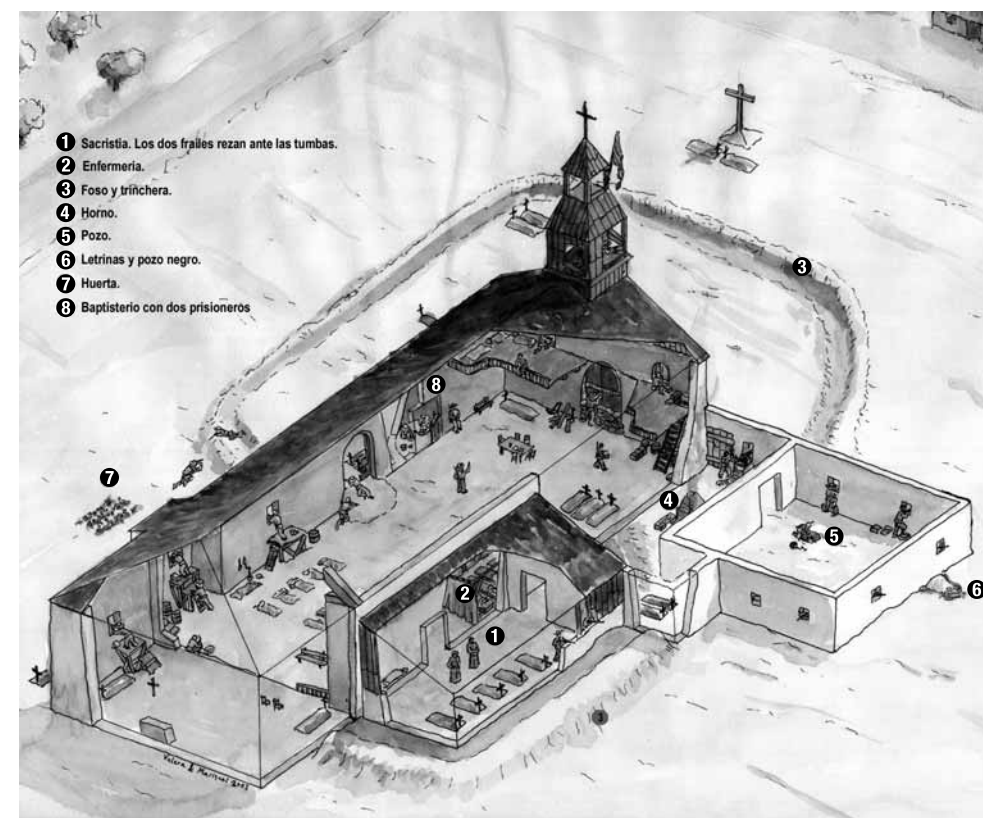
A nadie se le escapaba que la cabecera del distrito Príncipe (hoy provincia de Aurora) era una ratonera. Y la firma de la Paz de Biac-nabac-tó apenas una tregua. El 27 de junio se terminan las dudas. Los vecinos se alejan de sus chozas de nipa y bambú ante el inminente ataque y el pueblo queda desierto. A los soldados españoles sólo les queda una opción: refugiarse de los silencios de la selva en la única construcción sólida, la iglesia de mampostería con cal y arena. Allí se encierran después de hacer todo el acopio posible de víveres y municiones, abundantes aún desde que partieran los 400 hombres que habían estado en el pueblo a primeros de año con la misión, más bien la quimera, de pacificar la zona.

Tres días después, mientras realizan una patrulla por el pueblo a las órdenes del teniente Martín Cerezo, son atacados por fuerzas rebeldes apostadas en la ribera del río. Ante aquel ataque, se ven obligados a retroceder hasta la iglesia, llevando como pueden al cabo Jesús García Quijano, de 24 años, herido junto al puente España tras recibir una bala en el talón del pie izquierdo. Ni por delirio podía imaginar este campesino palentino de Viduerna de la Peña la agonía, el dolor y la humedad tropical que iba a sufrir durante los próximos once meses de su vida. Ni tampoco que bajo esa improvisada bandera rojigualda de la torre se fraguaba en sangre la última hazaña del imperio español.

El sitio de Baler

Julio de 1898

Los soldados españoles asumen que están rodeados por fuerzas superiores y que van a tener que soportar el asedio del enemigo. Unos y otros comienzan a enviarse mensajes, en algunos de los cuales se intercambian regalos (los rebeldes mandan tabaco y son contestados por los españoles con una botella de jerez). Los filipinos tratan de convencer a los españoles de que la guerra está perdida y que su único camino es la rendición. Los españoles no les creen y deciden hacerse fuertes en la iglesia. Performan un pozo en el interior del templo, teniendo la fortuna de hallar agua en abundancia a cuatro metros de profundidad. Poco después, construyen un horno para hacer pan, terraplanan todos los huecos, se alternan en turnos de sueño y vigilancia, cavan trincheras, sudan la humedad irrespirable y susurran ante el altar “Señor, morir habemos, ya lo sabemos”.



Dibujo de la iglesia de Baler y de sus distintas dependencias realizado por Juan Valera Mariscal.

El día 4 los sitiados realizan una breve ofensiva fuera de la iglesia con el objeto de destruir los antiguos barracones, la escuela y algunas casas cercanas, ya que desde estos lugares eran atacados constantemente. El día 18 resulta herido el cabo Julián Galvete Iturmendi, que morirá días después y será la primera baja de la guarnición española. El día 20 los filipinos lanzan una fuerte ofensiva que dura casi veinte horas. Los españoles, para ahorrarse munición y desconcertar al enemigo, permanecen en silencio sin responder al fuego enemigo. El día 31 los filipinos lanzan otra ofensiva empleando varios cañones. La iglesia sufre daños en las puertas y en el techo y una parte importante queda a la intemperie.

Agosto de 1898

El día 3, mientras estaba de guardia, deserta el mallorquín Jaime Caldentey, que será muerto al día siguiente por un disparo realizado desde la iglesia. Días después, informados por el desertor de que el sector más vulnerable de la iglesia era el situado al norte, los filipinos lanzan un fuerte ataque sobre este punto. Llegan a colocar una escalera en el muro del templo, pero son finalmente rechazados. El día 13 Manila cae en manos norteamericanas tras un simulacro de batalla pactado entre el general Fermín Jáudenes y el almirante norteamericano Dewey. Las tropas españolas son definitivamente vencidas y comienzan a ser repatriadas. En Baler sigue el intercambio de disparos y cañonazos y los españoles no dan crédito a los mensajes que hablan de derrota. En todo caso, confían en que ningún ejército deja abandonado un destacamento durante mucho tiempo. Los insurrectos, liderados por el coronel Calixto Villacorta, envían a dos párrocos españoles Juan López y Félix Minaya, para intentar convencerles de la rendición. Pero los sitiados no sólo no se rinden, sino que además, el comandante político-militar del Distrito Príncipe, capitán Las Morenas, pide a los dos emisarios que se queden con ellos y así sucede. Los dos religiosos permanecerán en la iglesia hasta el final del sitio. El día 25 se registra la primera víctima del beriberi, el padre Cándido Gómez Carreño, cura del Baler que había nacido en la provincia de Toledo.

Septiembre de 1898

Crece la angustia ante la imposibilidad de responder a los cañonazos, la humedad que pudre los alimentos, los gritos con noticias confusas, las heridas de bala, los harapos y pies descalzos, el cansancio mental y físico, la oscuridad. Los rebeldes hacen llegar a los sitiados varias cartas, una de ellas del gobernador civil de Nueva Écija, Dupuy de Lôme, en la que se informa de la definitiva pérdida de Filipinas. Pero los españoles se muestra incrédulos ante esos mensajes, ya que piensan que es imposible que se haya perdido todo el archipiélago en tan poco tiempo. El día 30 muere el soldado Francisco Rovira por disentería.

Octubre de 1898

Los sitiados sufren cinco fallecidos más, entre ellos el primer teniente Juan Alonso Zayas,



Fotografía de los soldados españoles que lograron sobrevivir al sitio de Baler. Jesús García Quijano es el número 28, a la izquierda del teniente Martín Cerezo, retratado con la herida que sufrió en el pie al comienzo del asedio.

que fallece el día 18 de beriberi. El mando recae desde ese momento en el teniente Saturnino Martín Cerezo. Los otros fallecidos, también a causa del beriberi, son el cabo José Chaves Martín y el soldado Ramón Donant Pastor, el día 9, el soldado José Lafarga, el 22, el soldado Miguel Pérez Leal, el 23, y el soldado Román López Lozano, el 25. Para empeorar aún más las cosas, el doctor Vigil de Quiñones cae herido de gravedad.

Con la intención de frenar la propagación del beriberi se realizan nuevos sistemas de ventilación. Buena parte de la guarnición apenas se mantiene en pie y los soldados que se encuentran en mejor estado trasladan a sus compañeros desde las camas hasta las sillas situadas en los puestos de vigilancia. Los filipinos vuelven a informar a los españoles de que la guerra ha terminado y han sido derrotados. Les proponen rendirse y ser embarcados para España. Los sitiados les contestan que todo es una farsa. El tiempo avanza muy lentamente en las antípodas del mapa del mundo visto desde España.

Noviembre de 1898

Otros cinco muertos, entre ellos, también por beriberi (enfermedad provocada por avitaminosis) el capitán Enrique Las Morenas, quien en pleno delirio escribe una carta a los sitiadores ofreciéndoles una amnistía y un trato benévolo si deponen las armas. Los otros fallecidos son los soldados Juan Fuentes Damián, Baldomero Larrode Paracuellos, Manuel Navarro León y Pedro Izquierdo. Sin apenas ventilación, la humedad y el hedor a excrementos hacen el aire más irrespirable cada día.

Diciembre de 1898

Mientras en París, el día 10, se firma el Tratado en el que España vende el archipiélago a EE.UU. por 20 millones de dólares, en Baler ya casi todos están enfermos. Han fallecido once por beri-beri y la muerte inminente por desnutrición parece inevitable. El teniente Martín Cerezo ya sólo tiene bajo su mando a 35 soldados, un trompeta y tres cabos. Apenas cuentan con víveres y lo único que poseen en cantidad suficiente son municiones para mantener el fuego con el enemigo. El día 8 se registra una nueva baja por el beriberi, la de Rafael Alonso Mederos. Sin embargo, al tratarse de una fecha festiva y con el fin de no dejar caer la moral, Cerezo reparte crepes, café y sardinas entre sus hombres.

El día 14 tiene lugar el último estertor del imperio español. Debido a la acuciante falta de alimentos, Martín Cerezo decide que varios hombres salgan de la iglesia para conseguir unos frutos que se hallan a poca distancia. La expedición es comandada por el cabo José Olivares, al que acompañan otros 14 hombres en su desesperada misión. El resto de la guarnición tiene el cometido de hacer fuego para crear la mayor confusión posible. A pesar de enfrentarse a un enemigo más numeroso y bien parapetado, la ofensiva obtiene un éxito rotundo. Los quince hombres consiguen incendiar gran parte del pueblo, incluida la vecina casa-cuartel desde la que eran hostigados, y destruyen las trincheras que el enemigo ha logrado situar cerca de la iglesia. Sin sufrir ninguna baja, los españoles logran además gran cantidad de calabazas y naranjas, que arrancan de los árboles cercanos. Al haber alejado al enemigo a una cierta distancia, los sitiados pueden también abrir las puertas de la iglesia, lo que permite un mejor sistema de ventilación. Ciento sesenta y siete días después, se abren las puertas para oxigenar la iglesia convertida, a un tiempo, en cárcel y cementerio. El espacio ganado en el ataque permite a su vez crear una fosa séptica, que mejora sensiblemente las condiciones higiénicas, y cultivar un pequeño huerto de tomates y pimientos. Consiguen así vencer la letal epidemia que durante los meses anteriores les había estado aniquilando. Los filipinos, una vez repuestos de la sorpresa, vuelven a retomar el asedio. Ocupan las casas y trincheras que no han sido destruidas, aunque éstas se encuentran a mayor distancia de la iglesia.

Los españoles celebran la Nochebuena con doble ración de calabaza, naranja y café. Con viejos instrumentos que encuentran en la iglesia y con unos bidones de gasolina celebran una ruidosa fiesta que es contestada por el enemigo con furiosos disparos. El día de Navidad llegan un capitán español, prisionero de guerra, y un franciscano, a quienes los sitiados toman por “cómplices bajo amenazas” de la añagaza tagala. Curiosa paradoja de la Historia es, sin duda, que la quema por los propios españoles del cuartel de la Guardia Civil resultara, a la postre, la última conquista del imperio donde no se ponía el sol.

Enero de 1899

A los sitiados les llegan unos periódicos de Manila que, según el teniente Martín Cerezo, “da asco leer por las vilezas que publican”. ¿Cómo iba a ser posible a la vez una victoria de los



Iglesia de Baler, en estado ruinoso después de haber sufrido un año de continuos ataques por parte del ejército filipino.

nacionalistas filipinos contra la Madre Patria y, al mismo tiempo, la venta del archipiélago a EE. UU. en París, seis meses después de haber capitulado Manila? Todo aquello parecía imposible, aunque así había sucedido, en efecto. Como también parecía increíble que, mientras en la vecina localidad de Malolos el líder filipino Aguinaldo abría un congreso para redactar la Constitución de la nueva República, dentro de la iglesia de Baler sobreviviese aquel grupo de soldados en las condiciones más adversas.

Febrero de 1899

El día 4 estalla la guerra filipino-norteamericana. Los estadounidenses atacan por sorpresa y 3.000 filipinos mueren durante una sola noche en un bombardeo. El día 13 fallece de beriberi el soldado José Sáus Meramendi. Un día más tarde llega a Baler el capitán español Miguel Olmedo, quien entrega a los sitiados un mensaje del general De los Ríos en el que se ordena el abandono del lugar y se explica que España ha perdido la guerra y ha cedido la soberanía del archipiélago a Estados Unidos. Sin embargo, Martín Cerezo sospecha de aquel mensaje y encuentra indicios que le hacen dudar de su veracidad. La ‘puesta en escena’ no resulta coherente para él y decide seguir en la iglesia junto a sus hombres. El día

25 es descubierto el plan de fuga de dos soldados y un cabo, que querían desertar y pasarse a las líneas filipinas. Son encerrados en el baptisterio. Acosado por la responsabilidad, la falta de sueño y la desconfianza, el teniente Cerezo empieza a tener los nervios alterados y sospecha de todo.

A final de mes aparece en las inmediaciones de la iglesia una manada de carabaos, una especie de búfalos, que los filipinos llevan a la zona para tener carne fresca. Tras contemplar aquellos animales, los españoles realizan una arriesgada salida que sorprende al enemigo y en la que consiguen hacerse con uno de los carabaos, que devoraron en apenas tres días y es motivo de un banquete succulento. Pocos días después sale una nueva expedición, aunque esta vez los filipinos están más atentos y los españoles tienen grandes dificultades para hacerse con un segundo ejemplar bajo las balas enemigas. En una tercera incursión todavía logran los sitiados hacerse con un tercer animal, que igual que los anteriores permitió durante un tiempo mejorar la precaria alimentación. Tras comprobar la pericia de los españoles en la caza de aquellos animales, los filipinos deciden alejar del lugar la manada de carabaos.

Marzo de 1899

El día 28 los españoles avanzan su posición tras construir una trinchera desde la que sorprenden a los filipinos, causándoles dos muertos y un herido grave. Los filipinos contestan el día 30 con una fuerte ofensiva, en la que emplean un cañón que el ejército español había abandonado en Cavite. El líder filipino, Aguinaldo, tras tener noticia del prolongado asedio, envía a Baler al general Tiño con importantes fuerzas y con la orden de tomar la iglesia. La ofensiva, sin embargo, se salda con medio centenar de bajas y Tiño afirma que el templo no puede ser conquistado al asalto. En palabras del teniente Martín Carezo, “mucho supone en el fragor de la batalla el ataque de la batería formidable, mucho el cruzarse con las bayonetas enemigas, pero aún hay algo más pavoroso, irresistible y difícil en la tenaz resistencia del que, una hora y otra hora, un día y otro día, sabe luchar contra la obsesión que le persigue: sostenerse tras la pared que le derriban y no ceder a los desfallecimientos del cansancio”.

Abril de 1899

La ofensiva filipina se prolonga durante todo el mes, aunque los españoles consiguen aguantar y causan varias bajas a sus enemigos. Los filipinos, por su parte, intentan sin éxito incendiar la iglesia. El 12 llega un buque norteamericano, el Yorktown, con intención de evacuar a los soldados españoles. Sin embargo, los filipinos dominan la playa y acaban con la vida de 16 marines americanos, teniendo la embarcación que alejarse del lugar. En la iglesia de Baler, al escuchar los cañoñazos y el tiroteo, los sitiados creen que van a ser liberados y se llenan de esperanza, pero esta euforia se convierte en una tremenda decepción al comprobar que no van a ser finalmente rescatados. Cunde una desilusión extrema entre las cuatro paredes, rodeados



Tras sufrir un asedio de 337 días, los últimos de Filipinas fueron trasladados a Manila, donde pasaron unas semanas recuperándose antes de embarcar para España. Esta fotografía fue realizada en Manila y ha sido facilitada por los descendientes del soldado español Epifanio Pérez Santos, natural de Velilla del Río Carrión y que también luchó en la Guerra de Filipinas.

ya por las 15 tumbas de compañeros caídos. Martín Carezo pronuncia varios discursos para mantener, en la medida de lo posible, el ánimo de sus hombres. Se acaba el bacón, el café, el arroz y las alubias. El hambre se hace insostenible, devorando los sitiados todo lo que encuentran: hierbas, culebras, ratas, la perrita del difunto capitán...

Mayo de 1899

Se escapa al enemigo, tras romper sus grilletes, uno de los soldados encerrados por intento de desertión. Tiene ánimo de revancha y facilita a los sitiadores toda la información sobre el interior. La bandera ondea hecha un harapo por los cañoñazos y las lluvias del trópico. Se repiten los gritos de los insurrectos con ofertas de paz, pero el 27 la batalla es encarnizada. Los filipinos llegan de nuevo hasta los muros de la iglesia, aunque son finalmente rechazados en una lucha cuerpo a cuerpo en la que mueren 17 de los atacantes.

El 28 llega en el vapor Uranus el teniente coronel Aguilar Castañeda, miembro del Estado Mayor del general De Los Ríos, quien vuelve a ordenar a los sitiados que abandonen la iglesia. Pero éstos, completamente alucinados, en pleno delirio, ven a “otro traidor en una nueva patraña fabricada por los tagalos”. El teniente coronel Aguilera, perplejo y cansado de porfiar con el teniente Martín Carezo, tiene que marcharse. Por fortuna, antes de abandonar el lugar deja en la iglesia un lote de ejemplares de El Imparcial de Madrid.

Junio de 1899

Sin alimentos y sin esperanza alguna de auxilio, la madrugada del 31 de mayo preparan los españoles una salida desde la desesperanza “para abrirse paso hasta Manila” la noche siguiente. El punto sin retorno en este viaje al corazón de las tinieblas llega cuando el teniente ordena fusilar, a través de una ventanilla, al cabo Vicente González Toca y al soldado Antonio Menache, tras 97 días presos en el baptisterio.

Retrasada la huída una jornada por la luz de la luna, el teniente Martín Cerezo relee en la mañana del día 2 los ejemplares de El Imparcial. En uno de ellos aparece una noticia referida a un conocido suyo, el teniente Francisco Díaz Navarro, que es destinado a Málaga a petición propia. El deseo de ocupar ese destino se lo había comentado el propio Díaz Navarro a Martín Cerezo meses antes en una conversación personal. El teniente abre entonces los ojos y asume que una noticia como esa nunca podría aparecer en un periódico manipulado por el enemigo. Aquellos diarios no relatan hechos fantásticos escritos para llevarles a la rendición. España, efectivamente, ha perdido la guerra.

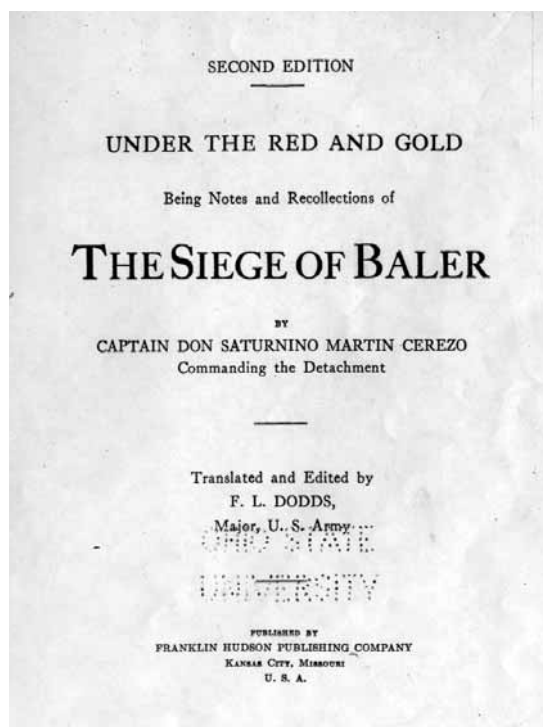
Martín Cerezo reúne a sus hombres y les dice: “Capitulamos porque no tenemos víveres, pero deseamos hacerlo honrosamente. Deseamos no quedar prisioneros de guerra y que admitan otras condiciones que expondremos, de las que levantaremos acta. Si se han de portar con nosotros de mala manera, han de decirlo, porque en este caso no nos rendiremos. Pelearemos hasta morir y moriremos matando”. Ante el asombro de los filipinos, los españoles izan la bandera blanca y suena el toque de llamada. Tras unas breves negociaciones, el teniente Martín Cerezo y el coronel Simón Tecson, responsable del sitio, firman el siguiente documento:

“En Baler a 2 de junio de 1899, reunidos jefes y oficiales españoles y filipinos, transigieron en las siguientes condiciones: Primera: desde esta fecha quedan suspendidas las hostilidades por ambas partes. Segunda: los sitiados deponen las armas, haciendo entrega de ellas al jefe de la columna sitiadora, como también de los equipos de guerra y demás efectos del gobierno español. Tercera: la fuerza sitiada no queda como prisionera de guerra, siendo acompañada por las fuerzas republicanas a donde se encuentren fuerzas españoles o lugar seguro para poderse incorporar a ella. Cuarta: respetar los intereses particulares sin causar ofensa a personas”

Una vez arriada la bandera española, el corneta realiza el toque correspondiente y comienzan a salir los sitiados. El teniente Martín Cerezo y el médico Vigil de Quiñones, portando la bandera española, son los primeros en abandonar la iglesia. Tras ellos aparecen en formación el resto de soldados, más bien una secuencia de espectros, con sus armas al hombro. Son recibidos por un pasillo de soldados filipinos, en posición de firmes y casi incrédulos al ver el demacrado aspecto de su invencible enemigo. Las gentes de Baler huyen despavorida al contemplar aquellos fantasmas que pululan por el pueblo. Fuera de la iglesia, la última pose-



Cabo Jesús García Quijano, nacido en la localidad palentina de Viduern de la Peña en 1875, en el seno de una familia de labradores.



Portada de la edición inglesa del libro *El sitio de Baler*, escrito por Saturnino Martín Cerezo.

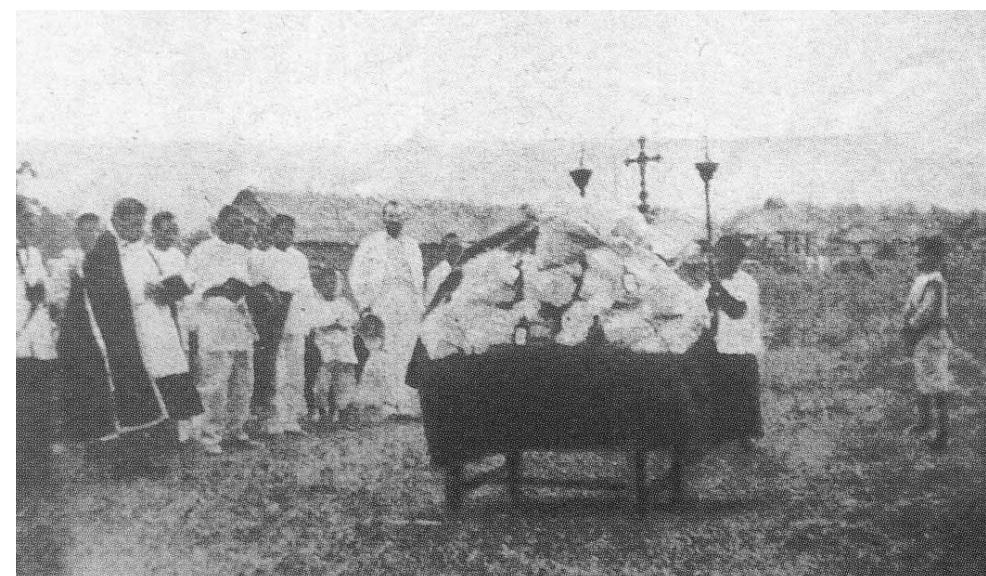
lados y sin esperanzas de auxilio alguno, ha defendido su Bandera por espacio de un año, realizando una epopeya tan gloriosa y tan propia del legendario valor de los hijos del Cid y de Pelayo; rindiendo culto a las virtudes militares e interpretando los sentimientos del Ejército de esta República, que bizarramente les ha combatido; a propuesta de mi secretario de Guerra, y de acuerdo con mi Consejo de Gobierno, vengo en disponer lo siguiente: Artículo único: los individuos de que se componen las expresadas fuerzas no serán considerados como prisioneros, sino por el contrario, como amigos; y en su consecuencia, se les proveerá, por la Capitanía General, de los pases necesarios para que puedan regresar a su país”

Después de recuperarse durante algunas semanas y de recibir el cariño y el reconocimiento de la colonia española en Filipinas, los supervivientes al sitio de Baler salieron el 29 de julio camino de España, a bordo del vapor Alicante. El barco llegó el 1 de septiembre a Barcelona, donde las autoridades recibieron a los supervivientes de los “hechos vergonzantes de Baler”, según bramaban cabeceras como la del diario *El Imparcial*. Arribaban finalmente a puerto español los mismos héroes por quienes, desde meses atrás, se venía denunciando una situación de desidia y abandono. Tras la fulminante caída de Manila en agosto de 1898

sión española en el Pacífico, hacía ya diez meses que Manila no era oficialmente territorio español.

Emilio Aguinaldo, primer presidente filipino, no dudó en reconocer el valor de un enemigo que había logrado algo insólito: sobrevivir aquel terrorífico sitio durante nada menos que 337 días. Los filipinos cumplieron la palabra que habían dado y su líder perdonó la vida a los 33 cadavéricos supervivientes del Batallón Expedicionario número 2. Aguinaldo hizo publicar el siguiente decreto:

“Habiéndose hecho acreedoras a la admiración del mundo las fuerzas españolas que guarnecían el destacamento de Baler, por el valor, constancia y heroísmo con que aquel puñado de hombres ais-



Repatriación en 1904 de los 19 cadáveres de soldados españoles que fueron enterrados en la iglesia de Baler.

a manos estadounidenses, más de 13.000 españoles, entre soldados, civiles y frailes, quedaron como prisioneros de guerra en manos de los insurrectos filipinos. Muchos pensaron que sería cuestión de horas, pero el cautiverio se prolongó durante largos meses, incluso años en algunos casos. A primeros de 1899 llegó a Manila el general Diego de los Ríos con la misión de obtener la rápida liberación de todos los prisioneros, pero el 4 de enero envió el siguiente telegrama al gobierno de Madrid: “La situación gravísima de los americanos con respecto a los insurrectos imposibilita gestiones sobre prisioneros que pudieran ser contraproducentes”. Diarios como *La Época*, *El Imparcial*, *El País*, *Heraldo de Madrid* o *El Nacional* se preguntaban por la suerte de los soldados españoles y atacaban al gobierno de Sagasta, primero, y al de Francisco Silvela después, por su ineptitud e indiferencia.

Además de los franciscanos López y Minaya, los supervivientes del sitio de Baler fueron el segundo teniente Saturnino Martín Cerezo (Miajadas, Cáceres), el médico Rogelio Vigil de Quiñones (Marbella, Málaga), los cabos Jesús García Quijano (Viduerma, Palencia) y José Olivares (Caudete, Albacete), el corneta Santos González (Mallén, Zaragoza), y los soldados Ramón Mir (Guissona, Lleida), Pedro Vila (Taltaull, Lleida), Domingo Castro (Aldeavieja, Ávila), Bernardino Sánchez (Guitiriz, Lugo), Emilio Fabregat (Salsadella, Castellón), Miguel Pérez (Lebrija, Sevilla), Eustaquio Gopar (Tuineje, Fuerteventura), Marco Mateo (Tronchón, Teruel), Antonio Bouza (Petra, Mallorca), José Hernández (La Laguna, Tenerife), Marcelo Adrián (Villalmanzo, Burgos), Manuel Menor (Sevilla), Juan Chamizo (Valle de Abdalajís, Málaga), Luis Cervantes (Mula, Murcia), Francisco Real (Cieza, Murcia), Pedro Planas (San

Joan de Abadesses, Girona), Timoteo López Larios (Alcoroches, Guadalajara), Ramón Ripollés (Morella, Castellón), Eufemio Sánchez (Puebla de Don Fadrique, Granada), José Martínez (Almeiras-Culleredo, A Coruña), José Pineda (San Feliú de Codines, Barcelona), Felipe Castillo (Martos, Jaén), José Jiménez (Almonte, Huelva), Miguel Méndez (Puebla de Azaba, Salamanca), Ramón Buades (Carlet, Valencia), Loreto Gallego (Requena, Valencia), Vicente Predouzo (Mudelos-Carballino, Ourense) y Gregorio Catalán Valero (Osa de la Vega, Cuenca).

Los restos de los soldados españoles enterrados en la iglesia, así como los del párroco de Baler, el padre Carreño, fueron exhumados el 9 de noviembre de 1903 y repatriados a España a bordo del barco Isla de Panay. Una real orden dispuso que fueran inhumados en el Panteón de Nuestra Señora de Atocha, en Madrid, y hoy descansan en paz en el mausoleo de los Héroes de Cuba y Filipinas, situado en el cementerio de La Almudena.

El último palentino de Filipinas

Jesús García Quijano nació en 1875 en el seno de una familia de labradores de Viduerna de la Peña, a la ribera del río Valdavia, en plena Montaña Palentina. Con apenas 22 años tuvo que dejar en el pueblo a su novia Inés y sustituir a su hermano Venancio en el reclutamiento para la guerra con los Estados Unidos, que acabaría convirtiéndose en el final del imperio español. La redención del servicio militar en ultramar costaba entonces nada menos que 2.000 pesetas.

Jesús ascendió a cabo del Ejército español y fue destinado a Filipinas, al Batallón Expedicionario de Cazadores número 2, para sofocar la insurrección en Luzón. Tras la tregua de Biac-nabac-tó, el gobierno de Madrid decidió sustituir a los 400 hombres del mayor Génova, estacionados en Baler, por el destacamento de 50 hombres bajo mando de Juan Alonso Zayas.

El cabo García Quijano embarca en Manila rumbo a Baler –la comunicación por tierra era prácticamente inexistente– a principios de 1898. Desde su llegada en febrero hasta finales de junio el destacamento tiene ratos de tranquilidad, pero el 30 de junio, durante una patrulla rutinaria, García Quijano cae en una emboscada de los insurgentes tagalos y resulta herido de bala en el pie izquierdo. Esa bala, que le dejaría cojo de por vida, derrama la primera sangre del legendario sitio a la iglesia de Baler. No podían aún imaginar los soldados españoles lo que les esperaba, entre esas cuatro paredes, durante los siguientes 337 días.

Concluido el sitio, en un final sin precedentes en la historiografía militar moderna por la duración del asedio y por la reacción del vencedor hacia el vencido, los 33 supervivientes embarcan el 28 de julio de 1899 en el puerto de Manila y llegan a Barcelona el 1 de septiembre. Traumatizados y dispersos por la geografía española, los últimos de Baler no volverían a reunirse nunca más.

Una vez de vuelta en Palencia, donde ya nadie (salvo quizá Inés) le esperaba con vida, retoma el trabajo de labrador y el recorrido burocrático por la administración para reclamar su pensión de invalidez. Se cartea con Marcelo Adrián, Emilio Fabregat y otros supervivientes.



Imagen actual de la iglesia de Baler, escenario del sitio sufrido por los soldados españoles durante once largos meses.

Finalmente, en 1908, obtienen una pensión vitalicia de apenas 60 pesetas. Casado con Inés, traen al mundo cuatro niños y dos niñas, a quienes llaman Fortunato, Ceferino, Justino, Natividad, Juan y Candelas. Tanto a Inés como a sus hijos, vecinos y nietos les hablaba a veces de Baler. “Aunque desconocido aún, aquello es parte de la Historia”, advertía.

Durante la Guerra Civil, un avión que sobrevolaba su pueblo confundió el carro de vacas con el que Jesús y varios familiares trabajaban con un cañón de artillería. Lanzó una bomba que segó tres vidas y dejó muy malherido y casi inválido al ya entonces abuelo Chus.

Unos años más tarde, en 1945, se estrenó el largometraje ‘Los últimos de Filipinas’ como “documento de interés nacional”. Chus no fue invitado al estreno y, postrado en una cama sin apenas poder moverse, muere dos años después. Fue enterrado en el pequeño cementerio parroquial de Viduerna. De los 33 de Baler, sólo 13 sobrevivieron a la Guerra Civil española (1936-1939). Cuando tiene lugar el estreno de la célebre película vivían aún ocho soldados, si bien el régimen benefició sólo a tres de ellos con el grado de teniente honorario.

En 1998, por iniciativa familiar, se celebró un homenaje en el primer centenario del sitio de Baler con una placa del Ayuntamiento en la casa natal, desde entonces ubicada en la Plaza Jesús García Quijano. También lleva su nombre la asociación de vecinos del pueblo.

En 2005, Viduerna de la Peña se hermanó con el municipio de Baler e inauguró el Monumento a la Concordia Universal. Un año después, la Diputación de Palencia tomó el testigo y selló su hermandad con la Diputación de la provincia de Aurora, cuya capital es Baler. Tanto la gobernadora Bellaflor Angara como el senador Edgardo Angara (promotor de ley de Amistad Hispano-Filipina) han sido nombrados hijos adoptivos del municipio de Santibáñez. Ambos son descendientes de uno de los sitiadores tagalos que murió durante un asalto. Al gesto también ha respondido Baler, acogiéndonos como hijos del municipio junto al nieto del médico del batallón, Rogelio Vigil de Quiñones. La Historia, como decía Chus, algún día será historia. Afortunadamente, siempre nos quedará Baler.

Los últimos regresan a Filipinas

Actualmente, muy en particular desde el 30 de junio de 2003, un siglo y cuatro años después del histórico decreto de Emilio Aguinaldo, y fundándose en el respeto y un fondo de convivencia de más de tres siglos, los filipinos, por iniciativa del senador Edgardo Angara, se han vuelto a detener generosamente en la “épica del otro”, como hiciera Aguinaldo. Esa fecha ha sido declarada oficialmente Día de la Amistad Hispano-Filipina, una jornada festiva en todos los colegios de la bellísima provincia de Aurora, que mantiene milagrosamente intactas tres cuartas partes de su territorio, selva en su mayoría. El rey Juan Carlos I envió un mensaje en el que recordó los lazos de hermandad entre ambos pueblos, mientras la presidenta Gloria Macapagal Arroyo resaltó “la magnanimidad de los filipinos en la victoria y el coraje de los españoles”.

En 2005 comenzó el rodaje del largometraje documental ‘Los últimos de Filipinas: el regreso a Baler’, una grabación que recoge el testimonio de los descendientes, filipinos y españoles, de quienes dieron al mundo una lección impercedera. El rodaje se inició en el Casino Español de Manila, durante una cena en la que los comensales degustaron el mismo menú que fue servido a los últimos en 1899. Arroz a la valenciana, filetes de champignon, pescado a la mayonesa, jamón en dulce, pavo asado, flan y dulces variados. Unos platos que nunca olvidarían aquellos 33 jóvenes cadavéricos que durante once meses devoraron culebras, ratas y todo lo que se movía entre las paredes de la iglesia. A diferencia de la película ‘Los últimos de Filipinas’ de 1945, un clásico del cine español de la posguerra rodada en

Torremolinos con todo el apoyo del régimen y popularizada por la canción ‘Yo te diré’, con inigualable cartel (Armando Calvo, José Nieto, Guillermo Marín, Manolo Morán y Fernando Rey), y más célebre por la canción que por su rigor histórico, según reconoció su director Antonio Román, nuestro documental busca ceder la palabra y el protagonismo, por primera vez, a los descendientes de estos anónimos héroes. El sitio de Baler contado por filipinos y españoles, sin guión previo, sin actores ni disfraces. La realidad a menudo puede superar a la ficción.

Fue también en 2005, el 4 de septiembre, cuando Palencia resucitó del olvido al cabo Jesús García Quijano, el último palentino de Filipinas. El Ayuntamiento de Santibáñez de la Peña y la pedanía de Viduerna de la Peña, en la que Chus nació en 1875 y murió en 1947, le homenajearon con su solemne hermanamiento con el municipio de Baler, por “los valores impercederos de esta página universal del ser humano”, al levantar un monumento en la plaza de Viduerna de más de diez toneladas. Los vecinos bajaron de la montaña una enorme piedra para honrar, en su memoria, la concordia entre los pueblos. Con los acordes del ‘Yo te diré’ de fondo, durante el pleno extraordinario en el que se nombró hijos adoptivos del municipio a la



Monumento colocado en Viduerna de la Peña el día 4 de septiembre de 2005, con motivo del hermanamiento del Ayuntamiento de Santibáñez y de la pedanía de Viduerna con la población filipina de Baler.

gobernadora de Aurora, Bellafor Angara, y a su hermano, el senador Edgardo Angara, los familiares del cabo García Quijano evocamos el poema de Santa Teresa de Ávila: “Si para recobrar lo recobrado, tuve que haber perdido lo perdido; si para conseguir lo conseguido, tuve que soportar lo soportado. Si para estar ahora enamorado, fue menester haber estado herido, tengo por bien sufrido lo sufrido, tengo por bien llorado lo llorado. Porque después de todo he comprendido, que no se goza bien de lo gozado, sino después de haberlo padecido. Porque después de todo he comprobado, que lo que tiene el árbol de florido, vive de lo que tiene sepultado”.

El 9 de septiembre de 2005, el entonces ministro de Defensa, José Bono, participó junto con el senador Edgardo Angara, el embajador filipino Joseph D. Bernardo, el director de Casa Asia Ion de la Riva, varios alcaldes de los pueblos de origen y numerosos descendientes llegados desde diversos puntos de la geografía española, en el primer acto colectivo de homenaje a los de Baler en el siglo XXI. Este emocionante encuentro tuvo lugar en Barcelona, ciudad a la que los últimos de Filipinas llegaron el 1 de septiembre de 1899 procedentes de Manila. Poco después, en noviembre de 2005, José Bono visitó en Manila a la presidenta Gloria Macapagal Arroyo y a su homólogo Avelino Cruz, en la primera visita oficial de un ministro español de la Defensa desde el ‘Desastre de 1898’. La delegación, integrada por varios parlamentarios españoles, celebró una misa en tagalo, castellano e inglés en la iglesia de Baler, entre cuyas paredes perecieron, durante aquel sitio, 19 españoles. “Mi primera palabra es perdón, perdón por el retraso. Desde hace 107 años estaba pendiente esta visita, para daros las gracias por vuestra generosidad con aquellos soldados”, dijo Bono a cientos de balereños alrededor de la iglesia. “Aquí sucedieron hechos sin parangón en la Historia universal: el ansía por sobrevivir de los españoles, y la magnanimidad de los filipinos”. El acto más emotivo fue la ofrenda floral, mientras sonaba el toque de oración, en la que el ministro español, a escasos metros de la iglesia, pronunciaba uno a uno los nombres de aquellos 33 espectros, que parecían resucitar y salir de nuevo por la puerta.

Chus y sus compañeros de odisea, que ni el propio Homero hubiera imaginado, no sospecharon jamás que su sufrimiento sería útil, un siglo después, a la noble causa de la Amistad Hispano-Filipina. Las provincias de Palencia y Aurora, hermanadas el 30 de junio de 2006 con una rúbrica y un abrazo entre los presidentes de sus Diputaciones, acogen para siempre el invencible espíritu de Baler. Tampoco hubiera imaginado Chus que Viduerna, habitada hoy por no más de 40 vecinos, adornaría un día su plaza con banderas españolas y filipinas para reafirmar este código de honor universal. Ni que la plaza y en el camposanto acogerían el redoble de tambores y el paso uniforme, rotundo y sobrio, de los militares del Ejército español, durante la parada de honor y el desfile por el pueblo, mientras los familiares, amigos y vecinos, entre lágrimas, se identificaban con el segundo apellido, tan quijotesco, del abuelo Chus. En la cantina, que aún hoy conserva el letrero de ‘Tele-Club’, las vecinas más ancianas sonreían al recordarse jóvenes, entre las arengas de Chus a sus nietos: “Vicio tenéis; ¡si hubiérais comido hierba como yo!”.



Acto de hermanamiento de las provincias de Palencia y Aurora, celebrado en la Diputación Provincial de Palencia el 30 de junio de 2006.

Un destacamento de 49 militares del Regimiento Garellano de Bilbao rindió honores al cabo García Quijano y a los héroes de Baler, con un desfile y una parada militar ante el Monumento a la Concordia Hispano-Filipina. Luego, al pie de la humilde tumba, un pelotón de este regimiento realizó una descarga de fusilería, que mitigó para siempre el resquemor y la pena de sus descendientes, quienes durante décadas no entendieron por qué a “los últimos” se les reconoció como héroes en Filipinas y los Estados Unidos, pero murieron como hombres anónimos en su propia patria. Durante la ofrenda floral, los descendientes de Jesús García Quijano colocamos una corona de flores donde descansan los restos del héroe. Aunque las separa una distancia geográfica de 15.000 kilómetros, Palencia y Aurora se han prometido amistad, solidaridad y cooperación. El hecho de que Filipinas, habiendo sido colonizada por España, retome ahora la iniciativa y declare unilateralmente un día universal de Amistad con la antigua metrópoli, bien puede carecer de todo precedente o parangón en la Historia de Oriente y Occidente.

El legado universal de Baler

Imaginar cómo actuarían hoy 50 jóvenes militares españoles encerrados durante once meses entre cuatro paredes, aislados en las antípodas del planeta, sin otra referencia que el sufri-

miento y el dolor, o cómo reaccionaría ante su rendición un grupo revolucionario filipino, sin duda resultará subjetivo. Antes de ser obligados a abandonar sus hogares en la empobrecida España rural para embarcarse hacia la guerra en el Lejano Oriente, aquellos soldados, incapaces de reunir los 400 duros que costaba entonces la redención del servicio militar en ultramar, se sabían ‘cobayas humanas’ en una batalla perdida de antemano.

Para unos, estos hombres sobrevivieron abocados a la absurda locura por puro abandono y necesidad. Para otros, protagonizaron motu proprio todo un ejemplo de casta, honor y estricto cumplimiento del deber. Pero una lectura abierta de sus 33 vidas, desde la empatía, evoca hoy el recuerdo de valores impecederos en los cinco continentes. Su caso no deja de ser la historia, en minúsculas, del milagro de la supervivencia del ser humano.

Lo dejó apuntado el comandante Fredericy Funston en una carta, al traducir en 1910 el libro del teniente Saturnino Martín Cerezo, en el Libro de Notas sobre Procedimientos del Instituto Naval de EE.UU., donde recomendaba “a cada oficial y a cada soldado” que leyera el relato, porque “a quien esta simple y modesta historia de heroísmo y cumplimiento de las obligaciones no le anime a hacer grandes cosas, sin duda debe tener el corazón de una liebre”.

Baler es hoy la capital de la provincia de Aurora, que debe su nombre a la nuera del maestro Lucio, quien llegó a ser sargento en la Guardia Civil del archipiélago, un hecho extraordinario entre la totalidad de guardias indígenas que rara vez llegaban a cabo. Lucio Quezón murió durante el asedio, ajusticiado por los insurrectos del Katipunan, tras ser acusado de “colaboracionista con los kastilas”. Su hijo, que durante el asedio tenía apenas 19 años, sería en su madurez quien hoy es recordado, junto al poeta José Rizal, como uno de los pilares de la República Filipina: el presidente Manuel Quezón. Baler encierra un código de honor universal, vigente hoy en día, como una página en blanco para reescribir la Historia sin vencedores ni vencidos.

Tras escribir este relato afloran profundas emociones familiares, agrias y a la par, muy dulces, que nos han sido transmitidas a los biznietos al albor de la hoguera, durante el curso de generaciones. El recuerdo del abuelo Chus, erguido junto a la puerta de casa, bastón en mano, de nuevo se proyecta ahora, con más vigencia que nunca.

Me emociona reconocerlo hoy en la mezcla de realismo y espíritu quijotesto de mis hijos (Adrián, David y Raquel), al aprehender que llevan dentro, en la sangre, la herencia del “código de honor universal de Baler”. Con ello se saben fuertes para navegar por los mares de la vida, siempre con dignidad en las derrotas y humildad en las victorias. Sin olvidarnos, durante las épocas de adversidad, que nuestro apego a la vida bien puede resultar, a la postre, invencible. Ahora sí sabemos que el dicho era cierto. Al fin y al cabo, siquiera una vez en la Historia, los últimos serán los primeros.